

EL MAS ACA

TERENCIO sacó un dólar del bolsillo y lo miró, perplejo.

—¿Cuánto te parece que valdrá, gorda?, me preguntó.

—Ni idea, respondí. Creo que si te quedás en casa, más o menos unos doscientos cincuenta.

—Podríamos consultar, propuso.

—Nadie sabe nada, repliqué. Es un misterio.

En ese momento entraron Macoco y Bobbie. Al verlos, Terencio arrimó una mesita y la puso en el medio del living.

—¿Qué estás haciendo?, quiso saber Macoco. Mudanzas, no, que estoy cansado.

—Nos mudamos para el otro mundo, dijo Terencio. Vayan instalándose. Yo me rei. ¿Estás loco? El espiritismo está completamente fuera de moda.

—Es la solución con este gobierno, nena. Vamos, vos acá y ustedes dos allá. Apaguen las luces, concéntrense. Los espíritus son los únicos que tienen noticia de lo que vale el dólar.

—Claro, comentó Macoco. Como están en las nubes.

—Dejate de chistes malos y concéntrate. Juntemos las manos.

—¿A quién llamamos?, susurró Bobbie.

—Al tío Tomasito, contesté.

No, ése no, Mónica. Como fue un caudillo blanco debe estar muy solicitado en estos días por el Partido Colorado.

—Entonces, Nerón.

—Perfecto. Es un emperador romano que vuelve a estar en la pomada.

—Por favor, dijo Bobbie. Que no vaya a venir con el arpa. Es capaz de darnos un concierto.

—Vamos, vendrá como sea. Respiren hondo. Al ratito sentiremos un ruidito.

—Muy bien que podría haberle puesto suela de goma a los coturnos, rezongó Bobbie bajito.

—¡Chsss!... ¿Sos vos, Nerón?, preguntó Terencio muy nervioso.

—El mismo, respondió el espíritu dando tres golpes en la mesa.

—Sorry molestarte, Nerón; pero quisiéramos saber si hay noticias por ahí acerca de la cotización del dólar.

—Somos uruguayos, musitó Bobbie. (¿Te parece que le diré que somos subdesarrollados?)

—(No seas idiota, Bobbie. Están hartos de verlo a Charlone por el Olimpo.)

—(Creo que estás confundiendo Olimpo con Pentágono.)

—¡Chsss!... ¡No cuchicheen que no lo oigo a Nerón! ¿Qué me decías?

Se oyeron varios golpes en la mesita.

—¡No te puedo!, gritó Terencio. ¡Nos moriremos de hambre!

La extraña voz dejó oír una especie de risa macabra.

—¿Y por qué te crees que tuve que incendiar Roma?